



Eucaristía final del Mes Misionero Extraordinario

DOMINGO XXX ORDINARIO C

Al final del Mes Misionero Extraordinario damos gracias a Dios porque nos ha concedido la gracia de reavivar la gozosa experiencia de nuestra inserción misionera en la tradición viva del anuncio del Evangelio, desde los tiempos apostólicos hasta nuestros días, en seguimiento del envío de Jesús Resucitado a sus discípulos (cf. Mt 28, 18-21).

Las celebraciones y actividades de este Mes nos han resituado en la memoria viva del camino de renovación misionera que recorrimos, a modo de misión compartida, durante el tiempo de celebración de nuestra Asamblea Diocesana. Es bueno evocar el proceso de renovación que hemos vivido en el sentido espiritual, enamorándonos de nuevo del Señor; en el sentido pastoral, soñando despiertos con una Iglesia diocesana más centrada en el Señor y en su misión; y en el sentido estructural, construyendo con audacia creativa las nuevas formas de presencia y organización que brotan de la permanente conversión misionera.

A esta renovación integral fuimos llamados por el Papa Francisco en la exhortación *“La Alegría del Evangelio”*; y nosotros la asumimos gozosamente como luz y aliento de nuestro camino sinodal. Desde el encuentro personal con el Señor, en los manantiales de agua viva que brotan de su Pascua y del don de su Espíritu, hemos asumido el compromiso de ser discípulos misioneros, que viven *“la dulce y confortadora alegría de evangelizar”*, aunque haya que sembrar entre lágrimas, suplicando la fe para un pueblo acosado por la increencia, y acompañando su caminar como buenos pastores y samaritanos compasivos que curan a los heridos de la vida.

El domingo pasado, Jornada del Domund, hemos renovado nuestro compromiso con la misión universal de la Iglesia entre los pueblos, orando por los misioneros y por las futuras vocaciones a la misión, y con nuestra ayuda económica.

Esta celebración diocesana en el Mes Misionero nos llama a una forma más plena de ejercicio de nuestra condición de bautizados y enviados, de discípulos misioneros en nuestra propia Iglesia diocesana, cuyo fruto es imprescindible para hacer posibles las vocaciones a la misión universal. Nuestra tarea más cercana e inmediata en el tiempo es la implicación en la puesta en práctica de las Orientaciones de la Asamblea, tal como la van concretando las prioridades pastorales de los años sucesivos.

En concreto, venimos dando pasos en el cuidado de nuestras celebraciones en el Día del Señor, en la renovación de los procesos de catequesis de la iniciación cristiana, en la pastoral con los jóvenes, en el acompañamiento pastoral y espiritual, y en el apostolado de los laicos. Son aspectos fundamentales de nuestra renovación espiritual y



pastoral, de los cuales depende en gran medida la presencia y la acción evangelizadora de la Iglesia diocesana en el tiempo más inmediato.

Si nuestras celebraciones eucarísticas y nuestras catequesis de la iniciación cristiana no llegan a suscitar la experiencia gozosa de la vocación al seguimiento del Señor como discípulos misioneros, la Iglesia diocesana y sus comunidades estarán cada vez más envejecidas, con creciente escasez de jóvenes cristianos y de vocaciones a los ministerios laicales, al ministerio sacerdotal y al matrimonio y familia cristianos; y con mayor ausencia de laicos en la misión de la Iglesia en la vida social.

Necesitamos orar intensamente para que el Espíritu nos transforme y configure como discípulos misioneros, con aliento para cuidar más nuestra propia formación y educación cristiana y apostólica, y con valentía y fortaleza en el testimonio de vida y en el anuncio explícito de la fe en Jesucristo.

En consonancia con la Palabra de Dios hoy proclamada, hemos de orar con verdadera humildad, reconociendo nuestra debilidad ante los graves desafíos de la cultura actual, pero con la esperanza firme en el Señor que escucha la oración del pobre y del oprimido, y acoge las súplicas del huérfano y los lamentos de la viuda. La oración del humilde y del que sirve de buena gana atraviesa las nubes y llega hasta el Altísimo, que la atiende y hace justicia a los justos.

Nuestra situación de vida cristiana y apostólica no favorece una oración como la del fariseo; más bien nos inclina a la humilde súplica del publicano: *“¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador”*. Y así podremos experimentar que el humilde es enaltecido y que la fuerza de Dios se manifiesta en nuestra debilidad. Y confesaremos como el apóstol Pablo: *“El Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas... para que se proclamara plenamente el mensaje y lo oyeran todas las naciones”*. *“El Señor me librará de toda obra mala y me salvará llevándome a su reino celestial”*.

El Papa Francisco nos ha ofrecido de nuevo en la exhortación *Vive Cristo* la ayuda que más necesitamos: un luminoso programa de pastoral misionera con los jóvenes. Y en ese contexto nos presenta también algunas orientaciones sobre la “Juventud de la Iglesia” y su renovación en la relación con los jóvenes.

“Ser joven, más que una edad es un estado del corazón”. Por ello, la Iglesia puede renovarse y volver a ser joven en las diversas etapas de su larguísima historia, si sigue la llamada “a volver a lo esencial del primer amor”. Así puede ser “la verdadera juventud del mundo”, y “en ella es posible siempre encontrar a Cristo el compañero y amigo de los jóvenes” (ChV 34).

Estamos llamados a ser una Iglesia que se deja renovar por el Espíritu del Resucitado y pide al Señor que la libere de todo lo que puede avejentarla y dejarla inmóvil; e igualmente le suplica que no la deje caer en la tentación de creer que es joven cuando esconde su mensaje y se acomoda a lo que el mundo la ofrece. No, no es así. La Iglesia “es joven cuando es ella misma, cuando recibe la fuerza siempre nueva de la



Palabra de Dios, de la Eucaristía, de la presencia de Cristo y de la fuerza de su Espíritu cada día. **Es joven cuando es capaz de volver una y otra vez a su fuente.**” (ChV 35).

Los miembros de la Iglesia hemos de ser y actuar de tal manera que todos nos sintan como cercanos y hermanos. “Pero al mismo tiempo tenemos que **atrevernos a ser distintos, a mostrar otros sueños que este mundo no ofrece**, a testimoniar la belleza de la generosidad, del servicio, de la pureza, de la fortaleza, del perdón, de la fidelidad a la propia vocación, de la oración, de la lucha por la justicia y el bien común, del amor a los pobres, de la amistad social.” (ChV 36).

Cuando los discípulos dejamos de escuchar la llamada del Señor al riesgo de la fe y a darlo todo, y volvemos a buscar falsas seguridades mundanas, caemos en la tentación del desaliento. Entonces son precisamente los jóvenes quienes pueden ayudar a la comunidad de los fieles “**a mantenerse joven**, a no caer en la corrupción, a no quedarse, a no enorgullecerse, a no convertirse en secta, a ser más pobre y testimonial, a estar cerca de los últimos y descartados, a luchar por la justicia, a dejarse interpelar con humildad.” (ChV 37).

Quienes ya no tenemos la edad de los jóvenes, necesitamos ocasiones para tener cerca su voz y su estímulo; y “la cercanía crea las condiciones para que la Iglesia sea un espacio de diálogo y testimonio de fraternidad que fascine”. “Nos hace falta **crear más espacios donde resuene la voz de los jóvenes**: `La escucha hace posible un intercambio de dones, en un contexto de empatía Al mismo tiempo, pone las condiciones para un **anuncio del Evangelio** que llegue verdaderamente al corazón, de modo incisivo y fecundo” (ChV 38).

La atención a los signos de los tiempos nos hace descubrir que para muchos jóvenes de hoy “Dios, la religión y la Iglesia son palabras vacías, en cambio son sensibles a la figura de Jesús, cuando viene presentada de modo atractivo y eficaz”. Por eso es necesario que **la Iglesia** no esté demasiado pendiente de sí misma sino que **refleje sobre todo a Jesucristo**. Esto implica que reconozca con humildad que algunas cosas concretas deben cambiar, y para ello necesita también recoger la visión y aun las críticas de los jóvenes.” (ChV 39).

En el Sínodo se reconoció que muchos jóvenes “**no piden nada a la Iglesia** porque no la consideran significativa para su existencia. Algunos, incluso, piden expresamente que se les deje en paz, ya que **sienten su presencia como molesta** y hasta irritante”. (ChV 40). Pero también “hay jóvenes que disfrutan cuando ven una Iglesia que se manifiesta humildemente segura de sus dones y también capaz de ejercer una crítica leal y fraterna”; y otros “reclaman una Iglesia que escuche más”, y que no centre su atención en condenar al mundo. (ChV 41).

Estas situaciones ponen de manifiesto la necesidad de un testimonio más auténtico de vida evangélica de los fieles y ministros de la Iglesia, así como la dificultad para dar razón de las posiciones doctrinales y éticas de la Iglesia a la sociedad contemporánea. (ChV 40).

“Para ser creíble ante los jóvenes”, la Iglesia necesita a veces “recuperar la humildad y sencillamente escuchar, reconocer en lo que dicen los demás alguna luz que



Carlos López Hernández

la ayude a descubrir mejor el Evangelio. Una Iglesia a la defensiva,... que no permite que la cuestionen, pierde la juventud y se convierte en un museo. ¿Cómo podrá acoger de esa manera los sueños de los jóvenes? Aunque tenga la verdad del Evangelio,... tiene que crecer siempre en la comprensión de ese tesoro inagotable”. (ChV 41).

“El corazón de la Iglesia también está lleno de **jóvenes santos**, que entregaron su vida por Cristo... Ellos fueron preciosos **reflejos de Cristo joven** que ... han hecho brillar los rasgos de la edad juvenil en toda su belleza y en su época fueron verdaderos profetas de cambio; su ejemplo muestra de qué son capaces los jóvenes cuando se abren al encuentro con Cristo” (ChV 49). Y así son modelo y aliento para los jóvenes de hoy que aspiran a la santidad siguiendo las huellas de Jesús.

“A través de la santidad de los jóvenes la Iglesia puede renovar su ardor espiritual y su vigor apostólico”. El bálsamo de la santidad de los jóvenes puede curar las heridas de la Iglesia y del mundo, devolviéndonos a aquella plenitud del amor al que desde siempre hemos sido llamados: los jóvenes santos nos animan a volver a nuestro amor primero (cf. Ap 2,4)”. (ChV 50).

La fuente del amor es Jesucristo Resucitado. Él nos ofrece en esta Eucaristía su Cuerpo y su Espíritu; con ellos sacia nuestra sed amor y nos impulsa a continuar su misión.

Salamanca, 27 de Octubre de 2019